

relativa a esa cuestión anterior a la Constitución» (p. 100). Con el estilo desenvuelto e incisivo característico de sus escritos, Ibán suministra una abundante información que evidencia aquello que la modestia natural de Pedro Lombardía podía ocultar a quienes no fueran muy próximos a su tarea científica, a saber, el cualificado papel por él desempeñado en el nacimiento y evolución del derecho eclesiástico en España.

Muchos aspectos de interés encontrará el lector en otras contribuciones de destacados autores como, por citar algunos, Javier Hervada, Silvio Ferrari, José M<sup>a</sup> González del Valle, Alberto Bernárdez Cantón, Francesco Margiotta Broglio, Mariano López Alarcón, Giuseppe Dalla Torre, Carmelo de Diego-Lora, Juan Fornés, Giorgio Feliciani...

De lo que se lleva dicho, puede concluirse -a mi juicio- que este volumen de estudios constituye -por su calidad científica y por el afecto de tantos acumulado en sus páginas- un digno homenaje al canonista y eclesiasticista Pedro Lombardía. A esos méritos principales hay que añadir el nada despreciable de su utilidad. Se trata, en efecto, de un libro de consulta, convertido ya en un eficaz instrumento de trabajo para quienes cultivamos estas disciplinas. Es como si la vocación de servicio de Pedro Lombardía, ejemplarmente cumplida durante su vida entera, encontrara una prolongación en esta obra singularmente relacionada con su persona.

JORGE DE OTADUY

## HISTORIA DE LA IGLESIA

Enrique DE LA LAMA CERECEDA, *J. A. Llorente, un ideal de burguesía. Su vida y su obra hasta el exilio en francia (1756-1813)*, Ediciones Universidad de Navarra, S. A., Pamplona 1991, 334 págs.

«El presente trabajo intenta ser una contribución al esclarecimiento de la personalidad de Juan Antonio Llorente, de su evolución ideológica y biografía» (p. 23) ¿Qué interés puede tener esa aportación, para que su A. le haya dedicado tal empeño, materializado en un fruto sólo posible después de largo tiempo de intensa y minuciosa investigación?

El primer argumento habrá que buscarlo en el momento histórico: si Llorente vive en el siglo XIX el último tercio de su existencia, la juventud y madurez de Llorente «han sido genuinamente setecentescas: él pertenece, por tanto, a aquella última generación que, enraizada en el *humus* ilustrado del XVIII, fructifica en la siguiente centuria con mérito que todavía hoy se ensalza» (p. 15). Y viajar por el siglo ilustrado sigue siendo una aventura llena de interés, ocasión siempre apasionante de evocar «el aura innovadora que recorre el occidente europeo» (*Ibid.*).

Pero este viaje es singular: no se trata de sobrevolar la centuria, describiendo sus grandes paisajes. Se trata, más bien, de tomar tierra, y poner un rostro humano a aquella aventura. De modo que el segundo argumento habrá que buscarlo en el convencimiento de la «necesidad de valorar las expresiones singulares, de identificar las raíces concretas y vivas, las personalidades insuplantables que encarnaron la novedad ilustrada» (p. 17) Y «en España, Llorente es uno de los rostros de la Ilustración. De esa Ilustración que adelanta muchas sensibilidades de nuestra época e influye en ella con carácter determinante e inmediato» (p. 18).

Se trata, pues, de una biografía; o quizá, y mejor dicho -desde luego no se trata de un novela histórica- de una rigurosa investigación biográfica.

El personaje es en cierto modo gris. «Juan Antonio Llorente no pasa a la historia como abanderado de una utopía creadora, como original contemplativo de un nuevo orden, como intérprete sagaz de los que las cosas son o deben ser» (p. 21). Pero ello, lejos de restar importancia a la obra, pensamos que es justamente lo que se la otorga: quizá un tanto fatigados de tanta biografía de *los-de-siempre*, ésta es de las que nos ofrecen la oportunidad de internarnos en la historia de la mano de sus *secretarios*: secretarios, porque ellos protagonizan muchos de los secretos que la hacen posible, pero también porque son los que en verdad *hacen* la historia, materializando las líneas maestras en el acontecer diario. El propio Llorente, en su moderada modestia, lo pone de relieve: «yo he intervenido -dice en su *Noticia biográfica*- en una multitud de negocios públicos desde mi juventud: esta sola circunstancia es capaz de dar a mi nombre una importancia histórica que no merecerá mi persona» (cit. por el A., p. 29).

Las fechas que limitan la investigación exigen también una explicación: termina la obra, no con la fecha de la muerte de J. A. Llorente (1822), sino con el comienzo de su exilio en Francia (1813). El propio A. nos lo explica convincentemente (pp. 28-29). En 1982 aparece la obra *Juan Antonio Llorente en France (1813-1822)*, de G. Dufour, quien «utiliza sobre todo documentación de los archivos franceses y ciñe su trabajo al estudio de los últimos diez años de la vida del sacerdote». Son los años más brillantes de Llorente: «el destino histórico, que por algún tiempo pareció arrumbarle, concedió a Llorente, tras el naufragio, la fortuna. El exilio, que pudo haber consumido su vigor, le encumbró a celebridad perdurable» (p. 314). De la Lama no duda en reconocer el mérito del libro en cuestión: «el que concluye la lectura del excelente libro de Dufour conoce bien los años que el eclesiástico español pasó inmerso en el ambiente post-ilustrado francés». Pero esto mismo nos pone en la pista del interés del que ahora examinamos: «La experiencia del sacerdote español en Francia no fue en modo alguno un proceso *ex novo*, brillantez que creció sobre las ruinas de 57 años entregados al olvido. Interpretarlo así sería como atribuir a lo extrínseco de la circunstancia -con toda la riqueza con que se la desee imaginar- una fertilidad que sólo puede partir del núcleo de la vida misma. Cabe decir que Llorente se logró con plenitud en Francia. No puede decirse que Francia hizo a Llorente» (p. 315). Quedaba, pues, pendiente de estudio la evolución previa: «La figura de Llorente nos ha sido transmitida en indisoluble unidad con la hornacina que se le dedicó en el panteón de los héroes liberales o con adherencias de críticas y veredictos, de suerte que no resulta fácil abstenerse de tomar partido.

El sacerdote español tiene mucho de mito. Y nada mejor para descubrir sus perfiles que contemplarlo surgiendo y desarrollándose en lo que fue durante 57 años su contexto propio y bajo la luz de su firmamento natal. La vida de Llorente aparece así en toda su coherencia. La actividad ubérrima de sus últimos diez años se ven brotar necesariamente como 'fruto y flor' de una planta desarrollada» (*Ibid.*).

Hasta aquí los motivos sobradamente justificadores del empeño. Consideremos ahora los resultados.

La estructura del libro es un buen muestrario de los pasos decisivos del período comentado, bien reflejados en los títulos de sus siete capítulos, y un Epílogo. En el primer capítulo se detiene en los *Años de infancia y Juventud* (pp. 31-63), con el análisis de su formación intelectual. *El giro hacia el racionalismo* (Cap. II: pp. 65-88) comienza a fraguarse en «las conversaciones con un literato desconocido» que marcarán decisivamente el giro intelectual de Llorente. El Cap. III recoge la *Primera etapa en la Corte* (pp. 89-114), sus primeros cargos, entre los que destaca el de Secretario de la Inquisición de Corte, y sus primeras publicaciones. Regresa de nuevo a su tierra, como *Canónigo de Calahorra* (Cap. IV: pp. 115-150). El Cap. V (*Desgracia y recuperación*: pp. 151-205) nos introduce de lleno en un momento decisivo de la vida política española: el decreto Urquijo, la caída de este ministro, la represalia antijansenista, el proceso a Jovellanos, a la Condesa de Montijo y al propio Llorente, su regreso a la Corte, y la febril actividad en ella desplegada. Llorente se apresta eficazmente a tomar posiciones en el Nuevo Régimen (*Colaborador de Napoleón*: Cap. VI, pp. 207-261): son quizá los «mejores momentos» de Llorente en su época española. El séptimo y último capítulo (*Proyectos fallidos*, pp. 263-312) termina con su salida de España, arrastrado por el fracaso napoleónico.

El *Epílogo* (pp. 313-324) justifica el título elegido para el libro: en él el A. reivindica en favor de *la cultura ilustrada española* las raíces del exitoso decenio francés de Llorente. Los ideales burgueses de *liberté* y *égalité* son propuestos por De la Lama como clave de comprensión de la actitud crítica de Llorente frente a la Inquisición y de su concepción de la relación de la Iglesia con el Estado, ésta última cristalizada en una confesada aversión hacia la Curia Romana entendida como «cortapisa del omnímodo poder secular y paradigma fundamental de privilegios e inmunidades» (p. 319). Un ferviente centralismo estatal en lo político frente al no menos ferviente y desmesurado deseo de desvinculaciones romanas en la vida de la Iglesia (de claro sabor episcopalista, tan caro al jansenismo), que en definitiva solapa el deseo de una iglesia nacional bajo la férula del omnímodo poder estatal. Finalmente, aventura De la Lama una delicada penetración en la intimidad de un Llorente en el que su condición sacerdotal y su fe confesada contrastan notablemente con el criticismo radical como norma: «Llorente no pudo evitar la vivencia de un conflicto interior que jamás llegó a resolver. Encontró, sin embargo, una salida de compromiso: el *jansenismo*. Un jansenismo que en él no pasa de ser *ideología subsidiaria*, expediente doctrinal, *forma mentis* que adviene sobre una capacidad receptiva previamente determinada por una fría opción racionalista» (p. 321).

El libro se lee con gusto, siempre que el lector no vaya buscando, como ya hemos

dicho, una novela, y sienta gusto por el rigor histórico. La narración es elegante y sobria. La seriedad en el tratamiento de los temas queda permanente subrayada por la cita precisa; y desde luego es abundante el conocimiento de la producción bibliográfica de Llorente: basta asomarse a las páginas 11-14 para darse cuenta de los pasos -de Archivo en Archivo, con un particular detenimiento en el de la familia Llorente; lo que hace pensar en la abundancia de aportaciones inéditas- y las horas que precedieron a esta biografía histórica. Tanto, que no puede uno por menos de sentirse insatisfecho, y deseoso de nuevas publicaciones del A., que iluminen más detenidamente aspectos concretos del personaje, necesariamente resumidos en el tratamiento biográfico, o que se animen a entrar de nuevo -ahora con la apoyatura de tan exhaustiva investigación de las raíces- en el período francés.

Se confiesa al comienzo de la obra que no se pretende la exaltación de la figura de J. A. Llorente, ni aventurar temerariamente juicios sobre su conducta moral o sobre un hipotético balance -glorioso o nefasto- de su existencia (p. 24). Si cabe recibir con cierto escepticismo estas introductorias proclamaciones de intenciones, hemos de confesar que en este libro dicha pretensión se hace realidad en cada página. Y sea éste un reconocimiento, incondicional, al trabajo de E. de la Lama: el dato histórico suficientemente contrastado, la conveniente contextualización del mismo, la oportuna referencia -suscrita o criticada- de otras investigaciones; y en ocasiones, con extremada y admirable prudencia científica, el umbral de un muy sereno y meditado juicio. Pero siempre el elegante respeto a la persona.

En definitiva, un modo de *biografiar* a un personaje en el que pensamos que el *biografiado* se encontraría cómodo, no por el elogio, sino por la desapasionada objetividad. Y también agradecido el lector, a quien no se pretende *conducir*: limpiamente se le ofrecen los elementos necesarios para que él mismo sea autor y protagonista de sus propias conclusiones. Aunque sólo fuera por aprender a escribir la historia -creemos haber dado ya otras muy suficientes motivaciones- habría merecido la pena asomarse a las páginas de este libro, nº 19 de la «Colección Historia de la Iglesia» del Instituto de Historia de la Iglesia de la Facultad de Teología de la Universidad de Navarra.

ANGEL MARZOA

Ismael SÁNCHEZ BELLA, *Iglesia y Estado en la América española*, Eunsá, Pamplona, 1990, 332 págs.

El nuevo libro del Profesor Sánchez Bella, es un estudio sobre el regalismo español en las Indias (quizá hubiera sido conveniente el que se expresase este objeto por medio de un subtítulo).

El regalismo -esa «herejía administrativa» según la feliz expresión de Menéndez Pelayo- y sus manifestaciones en la América española ha sido entre nosotros magis-